

Yo no me avergonzaré jamás de haber sido de los rendidos en la defensa de Puebla. ¿Acaso la adversidad y la gloria no pueden navegar en la misma barca como hermanos? ¿Ha prohibido algún código que caminen juntos el heroísmo y el contratiempo?

Córdoba tuvo el tino de captarse la antipatía de calumniados y defendidos. Dejándolo envuelto en el sudario del desprestigio, voy á ocuparme con el detenimiento que me permitan mis escasas luces, de la defensa de Santa Inés y el Pitiminí, que harán época en los anales históricos del valor indomable.

Permítame el lector que comience por describir la primera explosión de las minas con que los sitiadores volaron parte de la manzana de Santa Inés.

Todo, hasta la naturaleza, parece que toma parte en nuestros acontecimientos, y se viste de gala, y luce sus mejores encantos para acompañarnos en el placer, como enluta las tardes de sus días y prepara sus cataratas para llorar con nosotros inmensas desventuras.

Parece que entre el cielo y la tierra hay ciertas relaciones íntimas que presagian los dolores y predicen los sufrimientos; lenguaje misterioso que hablando al sentimiento lo exalta ó lo entenece.

Sea preocupación, sea verdad, el caso es que el 24 de Abril de 1863 el sol apareció envuelto en el abrigo de pavorosas nubes que anunciaban la tormenta: Ese sol avanzaba sin que su claridad llegara á ser intensa, como aquel que va á pasar *forzosamente* por determinado punto en donde tiene que atestiguar horrores y miserias, y se cubre la vista hasta donde pueda permitírsele la escasa luz que necesita para su travesía.

El símil no será exacto, pero el hecho fué como lo describo.

Entre *si llueve ó no llueve*, expresión vulgar que sintetiza mejor que todas las explicaciones científicas el aspecto amenazador del cielo *encapotado*, llegamos á escuchar las primeras campanadas que el reloj de la Catedral de Puebla daba para anunciar las 7 de la noche, pues las últimas se confundieron entre el ruido espantoso de las minas que hacen explosión y de un soberbio edificio que se derrumba, arrastrando en su desplome á los vecinos.

El 2º Batallón de Toluca, que defendía el punto, quedó sepultado en su mayor parte entre los escombros de Santa Inés, y queriendo aprovechar el enemigo la confusión que tal suceso produjo en nuestras filas, se lanzaron inmediatamente sus columnas de ataque sobre el Fuerte de Santa Inés. El valiente Coronel Padrés, mientras llegaba el General en Jefe de la línea, que lo era el intrépido General Berriozábal, contuvo el primer empuje del invasor con el puñado de valientes que escaparon de aquella horrorosa hecatombe.

A pocos momentos se presenta Berriozábal llamado á un tiempo por el deber y la humanidad; organiza la defensa con la violencia que el caso requería y sin preocuparse del inminente peligro que corrían los defensores permaneciendo sobre un punto minado que aún podía hacer una segunda explosión, manda hacer fuego sobre el enemigo, quien se ve obligado á replegarse á sus paralelas ante la magestuosa é imponente actitud de los sitiados que, sobre escombros, cadáveres y heridos, se apiñaban para defender, no unas ruinas sin valor, sino la honra nacional comprometida en el felónico asalto. Berriozábal llevó por todo refuerzo una compañía del 8º de Jalisco y una del 1º de Toluca, conducida personalmente por el Jefe de la 1ª Brigada C. Juan Caamaño: La compañía del 8º de Jalisco quedó de reserva en la calle de la Siempreviva y solo con la de Toluca penetró el citado

General Berriozábal *hasta la gran brecha que había abierto el enemigo.*

El éxito de esta acción sin precedentes en el mundo entero, se debe á los valientes hijos de Toluca que en vez de huír del edificio volado, cosa que hubiera sido disculpable, resistieron como he dicho antes el primer empuje del enemigo. Entre los héroes de la jornada se distinguieron Caamaño, Villagrán, Padrés, Cirilo Castillo, Sánchez Ochoa, Lalanne, Domínguez y Espinosa. De Berriozábal no digo nada: me conformo con reproducir las palabras de Córdoba.

“Varias veces he llamado la atención de mis lectores acerca de la serenidad que en el combate tiene Berriozábal y del orden en que mantiene á su gente: nada tiene por lo mismo de extraño que en esta ocasión hubiera frustrado las intenciones de los sitiadores que, á encontrarse con alguno otro de los pretendidos Generales, quizá hubiera sacado mayor ventaja de las minas.”

En los momentos más rudos del combate, y para que no faltara ningun detalle á las descripciones terroríficas que en nuestra niñez se nos hacen del averno, el cielo descargó su cólera mal comprimida en todo el día, como en espera impaciente de iluminar con la luz fatídica de sus rayos el espantoso cuadro de la desolación y de la muerte, con todo su infernal cortejo.

La voz de mando de los Jefes, el estallido de las armas, el ruido de las piedras que se desprendían de amenazadoras cuarteaduras, el ¡ay! desgarrador de los heridos, la voz trémula de los que medio sepultados por los escombros pedían auxilio y el estridente retumbar de las descargas eléctricas, se confundían en un mismo instante como si fueran un solo eco inmenso, terrible, de todas las desgracias, de todas las amarguras y de todos los dolores del universo entero.

A las 8 de la noche el cielo y el hombre calmaron

sus furores, y hasta entonces comenzó la penosa tarea de desenterrar á las víctimas del derrumbe.

A su vez el Coronel Fóster procedió con toda actividad á reparar en lo posible los perjuicios, y á poner al edificio en aptitud de resistir el ataque al siguiente día, del cual me ocuparé después de dar á conocer el documento siguiente:

“*Ejército de Oriente.—General en Jefe.*—El C. General Felipe Berriozábal, en Jefe de la 1ª División, me dice con esta fecha lo siguiente:

“A las siete de la noche del día de ayer, el enemigo ha volado dos fuertes minas, reduciendo con ellas á escombros las tres cuartas partes de la acera de la calle del Pitiminí, correspondiente á la manzana que con el 2º Batallón de Toluca, ocupa el Teniente Coronel C. José M. Padrés. En el acto ocurrió al punto indicado con una compañía del 8º Batallón de Jalisco, que situé como reserva en la calle de la Siempreviva, y con otra compañía del 1º de Toluca, que personalmente conducía el Jefe de la 1ª Brigada, C. Coronel Juan Caamaño, penetré hasta la gran brecha que había abierto el enemigo. Con dicha compañía y el resto del 2º Ligero que no había sido sepultado en los escombros, se organizó la defensa de la manzana, impidiendo el paso al enemigo. Como vd. sabe, éste no pudo avanzar, á pesar de sus minas y sus esfuerzos, debido principalmente á la serenidad de los valientes soldados de que he hecho mención, y de los bravos Coroneles Caamaño, Villagra y Padrés que repartidos en la línea descubierta sostuvieron la moral de los soldados. Me acompañaron también y ayudaron muy eficazmente los Tenientes Coroneles CC. Cirilo Castillo, Gaspar Sánchez Ochoa y Lalanne; los Comandantes CC. Antonio Domínguez y Antonio Espinosa, los individuos que componen mi Estado Mayor, y en lo general, todos los oficiales del 2º Batallón de Toluca y las compañías del 1º de Toluca y 8º de Jalisco que allí se encontraban. Debido muy especialmente á los trabajos del C. Coronel Fóster, ha quedado construida en la noche nuestra nueva línea de defensa, y el enemigo no podrá impunemente ocupar dicha manzana, que forma parte de la línea avanzada que ha tenido vd. la bondad de poner á mis órdenes. Felicito á vd. por el brillante comportamiento que han tenido nuestras tropas, pues muy pocas veces se ve que después de volar dos minas en un punto defendido, sobre los escombros que estas producen, y los cadáveres que ellas han sepultado, el resto de los soldados tengan brío para defender á pecho descubierto esos mismos escombros. Hemos tenido en toda la jornada cincuenta y seis individuos de tropa muertos, un oficial y veintiún soldados heridos.”

Lo que tengo la honra de transcribir á vd. para conocimiento del Supremo Magistrado de la República.

Libertad y Reforma. Zaragoza, Abril 25 de 1863.—*J. G. Ortega.*  
—Ciudadano Ministro de la Guerra.—México.”

Los defensores de Puebla, desde el acontecimiento funesto del día 25, quedaban expuestos á toda clase de tentativas por parte del enemigo, y aguardaban la muerte con una serenidad digna de la epopeya. Aun sabiendo que de un momento á otro volarían los edificios que ocupaban, porque lógico era esperar que todo estuviera minado, de los labios de aquellos héroes no en vano declarados Beneméritos, solo salían palabras de entusiasmo y protestas de muerte en aras de la causa defendida. No solo no pedían ser relevados de los puntos peligrosos, sino que se esforzaban en retenerlos en su poder rebosando patriotismo y llenos de entusiasmo.

El presentimiento de ser volados de un momento á otro, llegó á ser una realidad en la mañana del 25 del mismo mes de Abril, pues al amanecer de la misma, estallaron otras dos minas en la manzana del Pitiminí, aprovechando el enemigo el angustioso contratempo para dar un asalto en forma á la ciudad sitiada: los fuegos se extendieron inmediatamente á toda la línea defendida y tanto en Santa Inés, como en el Pitiminí, como en la Portería, se libraron acciones cuerpo á cuerpo y hombre á hombre.

En Santa Inés el enemigo, con una temeridad y una decisión admirables penetró al centro del edificio con una parte de sus columnas de ataque; pero como el asalto estaba previsto, el defensor de ese punto que lo era el General Berriozábal, dispuso que el Coronel Caamaño permaneciera como reserva en la calle de la Concordia con 200 hombres del 1º y 3º de Toluca; que el Coronel

Padrés estuviera listo con el 2º batallón, también de Toluca en la esquina del Pitiminí, y que el General Díaz, con algunas compañías del 4º de Oaxaca, 6º y 8º de Jalisco, se situara en San Agustín, reservándose para sí, en la calle del Noviciado, el peligroso punto del centro el mismo General Berriozábal. Esta hábil combinación dió por resultado la derrota completa del invasor por aquella línea, no sin tener que lamentar sensibles é irreparables pérdidas.

Como al penetrar el enemigo hasta el interior de Santa Inés había rebasado la trinchera de la calle de la Portería, quedaba un obús en su poder, que no quiso dejarles ni un momento el bravo Coronel Padrés quien con el 1º y 2º batallones de Toluca se lanzó como un león á recobrar la pieza de nuestra artillería: esta acción, era simultánea á todo el asalto, y en ella Padrés no solo recobró la prenda de campaña, sino que quitó al enemigo 24 hombres que entregó al Cuartel General en calidad de prisioneros, auxiliando después en unión del Coronel Caamaño al convento de Santa Inés, en donde también fué completa la derrota de los franceses.

De las pérdidas grandísimas que tuvimos en toda la línea defendida, haré á su tiempo la debida mención.

En el Pitiminí tenían lugar á la vez acontecimientos dignos de escribirse con tinta de oro y pluma de diamante, dignos de ser esculpidos con letras de fuego sobre el fondo azul del horizonte, para que dominando el universo, pudiera el invasor recordar diariamente hechos que son la más rica joya entre las que adornan la corona de gloria que la Patria recibió de las manos ensangrentadas de sus valientes hijos, como prueba de amor y de cariño, como eterno reproche y maldición eterna á los perjuros que no pueden contemplar el brillo de esa gloria, por